

Tempo primo...

A la hija que jamás tendré la llamaré Manuela. Crecerá con ojos de perro vagabundo, ignorando el porqué de las arremetidas de los coches, del bullicio en la calle en días de rebajas, de los gritos de los laceros. A la hija que jamás tendré la abandonaré al cabo de una madrugada, en el monte, entre las retamas, o junto a un portal de algún tipo adinerado, con pazo y panteón, que la mantendrá y le ocultará su pasado sin estima. O vendrán los laceros para llevarla junto a otros residuos sociales, a la casa grande de las batas blancas. Temerosa vagará. A la hija que jamás tendré quizás le llame Olivia y no Manuela. La concebiré en los espacios de lucidez que me concede el mono del vicio. Quizás la abandone después del bautizo, para echarla tanto, tanto de menos... para morirme de pena y que mi vida cobre sentido, con el revivir del dolor. Olivia no llorará ni culpará. Olivia no me buscará. Odiará a su madre y será mujer tocada por un fracaso. Será fruto de un descuido, será un capricho. La luz del día me alertará de mi error, entonces me golpearé el vientre con los puños, en el quinto mes de embarazo, para abortarle la vida. Clavaré, más allá del útero, punzones bien afilados repletos de heroína. Será mi herencia más sincera, mi ADN inequívoco. Y, ya con la ansiedad pateándome el corazón, soñaré que vivirá en un palacete de jazmines en los balcones, con un jardín de sinsontes componiendo melodías... que como Julieta tendrá el cabello. Seguro que el padre preferirá llamarla Julieta, ni Olivia ni Manuela. Llevará el nombre bordado en las sábanas de la

cuna en que será abandonada. Aunque la tiremos a un contenedor de basura llevará sus iniciales en letras de oro bordadas por la abuela para el día del bautizo. J.M.H. Julieta Maldita Hija. Se llevará consigo esa mirada de miedo y desespero, mirada de perro vagabundo, sin dueño ni cobijo. Mi niña, mi pequeña... Será espigada y dura como los sentires encarnados de los marinos en Terranova. Curtida en tantas soledades como mareas. Alejada del presente pastel de los escaparates en la primavera.

La seguiré de cerca, la espiaré a escondidas, fingiré algún juego para preguntarle la edad en la parada del autobús, y le daré un dulce. *¡Qué niña más linda!*, les mentiré a los padres de pega. Porque no será linda, sino fea, como el padre que intuyo y no recuerdo, fea y alta como yo. Con la espalda tullida de tanto acarrear sufrimientos. Por eso la apodarán con letra de fado, la llamarán Lela, Leliña por quien yo muero...

Pasados treinta años, curada yo, su madre, de tanto tumbo, con tanta metadona, sin tanto puterío, tendré mil cariños con los que agasjarla y, probablemente pasados treinta años, se habrá criado ya en la amargura.

Sin nanas, sin cuentos, sin mimos...

... lento...

Hola, me llamo Chechu y tengo una depresión. Se presentó sin pudor, como en una instantánea de la máquina fotomatón de las galerías. No me impresionó con lo de su tristeza ni sentí compasión. Continué despachando pan y precocinados en mi puesto del hipermercado. Él era reponedor en la sección de congelados. Sábado, dos de la tarde, hora punta en aquel verano de sol aún pusilánime. Alcampo, despensa de parada previa a las salidas hacia la playa o el monte. *Hola, me llamo Chechu y soy vegano.* Lo de no ingerir huevos, leche u otros derivados de origen animal tampoco lo aplaudí. Soy presa de la indiferencia y no de las conductas que pasean perpendiculares al mundo, cuerpos carentes de gravedad, con los pies lindando en la alienación, antaño luchadores por causas que a nadie preocupan, como la procreación de los mosquitos del África occidental. A mí no me interesan las buenas causas, me resultan ajenas, ya bastante tengo con mi salario minúsculo con el que lidiar mes a mes. *Hola, me llamo Chechu y tengo el número 25.* Me pidió pan de chapata, ensaladilla rusa, bizcocho de coco. Me pasó una nota doblada en cuatro pliegues que evidenciaba su grado de ansiedad. *Hola, me llamo Chechu y me gustaría conocerte,* había escrito entre otras sinceridades. Me asusta que su desmejoría, lejos de oxigenarme, provoque erupciones en mi piel que adelanten la vejez que tanto, tanto me asusta. Claro que deseo que algún Chechu, Toñito o Basilio despierte a esta vida que me aturde, me

alce por los aires, yo agarrada de su cintura, y me lleve, como Superman de provincias, hacia esa otra rutina con indicadores de *bebé a bordo* en el coche, carros de la compra exentos de comida rápida para solteros o llamadas a agencias de canguros cuando las cenas de empresa nos aborden. Insisto en mi deseo de depositar, solícita, mi rutina en las manos de esa otra rutina que la sociedad diseñó para nosotros. Hasta la médula drogados por la humareda que en las calles nos aborda. Acatar los objetivos de la vida en pareja que hemos de cumplir para que las lenguas, ahí fuera, no nos definan como fracasados... Pero quizás Chechu no es un pretendiente a tener en cuenta, porque sus delirios saben a vida sin propaganda, a vida de verdad, sin patrocinador, a vida de salto en paracaídas sin instructor. Y yo prefiero ampararme en ganar dinero y gastármelo en cremas anticelulíticas y tendencias *trendy*, y no abrir los ojos.

Hola, me llamo Chechu y no soporto las multitudes. Chechu camina cegado de cordura, está condenado a la tristeza. Es por eso que yo necesito de algún Toñito o quizás Basilio que me ciegue de idiocia. Que me haga creer que las imágenes de las teleseries son el único mundo real, que las peleas vecinas, de gritos al patio de luces, son la feria de San Cosme, que los partisanos fueron héroes prerromanos, que el hambre en el mundo son las dietas, que la violencia son las clases de judo... y que las muertes son todas naturales. Y Chechu no va a ser el que coloree mi mundo de conformismo, sin estadísticas, con créditos personales, sin la violencia de media mañana en la cola de la panadería. No, el muy veraz insistirá, cada amanecer desapasionado, en los ochocientos millones de personas que pasan hambre, e irá en autocar a los movimientos antiglobalización, anticumbres europeas y a

otros actos fraternales que me harán desgraciada, vestida de *peace and love*, que aunque esté de moda no sienta tan bien como un Gucci. Decididamente, Chechu deberá buscar alguna Itziar, Edurne o quizás una mujer con nombre de diosa guerrera que sepa de la lucha. Yo me quedo aquí, esperando al pretendiente compatible, un tipo rudo, estándar, abonado a cuarenta canales de televisión y adicto al *Marca*. Yo me quedo aquí, en el puesto de la panadería y precocinados del Alcampo, drogada por este tufo a opio que me convierte en imbécil y solo me permite coger con una mano la *Vogue* y con la otra el cheque con el que pagaré la operación de tetas.

... presto vivace...

Me he tatuado un corazón espinoso en la nuca, una rosa esplendorosa en el empeine del pie, una *pin-up* sentada encima de mi pezón izquierdo. He ido decorando mi cuerpo a golpe de desencanto y aparición. Cuando me abandonó Raquel, cuando enloquecí por Paula, cuando deseé a Marta. Uno a uno, los cambios emocionales de la vida me imprimieron color en la sub-piel en este sub-mundo. Las agujas de un solo uso, siglo XXI aséptico, fueron terapia dual. Yo matando la inquietud mediante el dolor y el tatuador desovando la furia en mí. En el mercado de la rabia a pie de calle todo es canje. Insultos, bocinazos, motores a la fuga, obras seculares, derrumbamientos, construcciones, re-re-reformas, conciertos multitudinarios, curvas y cuestas, épocas de celo y chillidos de gaviota, diversión de niños en festivo y el balón por encima de la espalda en la playa, los individuos alternativos y los *piercing*... tatuajes en mi piel, ruidosos por estridentes, por llamativos, por *kitsch*, porque hablan de cambio. Cuando agoté a los tres tatuadores de la ciudad, dos inexpertos y uno adorable, corrí a otra provincia. He llegado a echar mano de temas *démodé*: anclas ancladas a un nombre de mujer, Pamela, *cartoons* americanos, un *Vivan Las Vegas!* y, en el pecho, un mítico Cristo con estigmas en la frente. Poco a poco, fui colonizando mi territorio circundante. Toda la periferia herida por las franquicias de los tatuajes tribales, infantiles, guerreros, mangas, dragoniles, aztecas, varios... así se depositan en

libros en los estudios. Las franquicias que nos arrastran a la globalización esta, un mundo único donde tu *piercing* de clítoris está triunfando en Alabama.

... alegre jocoso...

Fumar mata. Mezclarme con tu indiferencia también. Las dos necesidades parten del bajo vientre, el hormigueo insomne del tabaco, y de ti. Estoy a la expectativa de un transeúnte con un cigarrillo rubio West, alemán, suave, que sacie mi espera, de ti. Pero en las calles sucumbe el Chester y el Marlboro en manos de mujer teñida, veloz, mujer de oficina con niños de cole con comedor. El Ducados en la boca de los capataces que están levantando el edificio de la Gran Vía, 21. En la esquina de la frutería espero. Ya no sé si por el tabaco, o por ti. Fumar contagia del síndrome de abstinencia al hijo que espero. Las pataditas que siento cuando fumo las supongo de gusto, o de asfixia. En cualquier caso, no me voy a privar del cigarrillo que embriaga mi espera, de ti. Fumar te provocó cáncer de boca. Seguiste con tanto puro a tantas horas que no diste tregua a la metástasis que se quedó albergada en la faringe, laringe, en ti. Con el mono me hincho. Con el mono fumo aire con desesperación por si huele atabacado. Con el mono, hasta masticar la cajetilla vale. Las autoridades sanitarias no son nadie para darme consejos, ni familia ni colegas. No soporto que se entrometan en mi manera de agotar los días. Cuántas de esas autoridades fumarán, cuántas. Seguro que cobran por alertar de lo que ellos no acatan. Consigo un Davidoff negro y me siento con más fuerzas para caminar la calle peatonal, atestada de zapatos, basura, y colillas inservibles de mil manos. Colillas apuradas en las salas de espera de

los hospitales, descansadas en los bares, olvidadas en los suelos, colillas en los patios interiores, mediadas en los baños de los teatros, apenas iniciadas en las paradas de autobús, colillas últimas con el orgasmo, y la victoriosa tras el café. Nosotros con las colillas. Un mal convivir con el tabaco sin el que malvivimos.

Helena fuma, María fuma, Jordi fuma. Los no fumadores no tienen cabida en nuestro galopar asmático de habitaciones repletas de humo denso, rancio, sucio, nauseabundo, de ceniza esparcida por el piso, de ceniza pegada a las suelas. Fumando espero.

Fumar mata, pero más mata saber que tú has muerto y que yo sigo aquí, sin pasta para un cigarrillo, ¡joder!

1.

A menudo, me tientas. Tu pedantería, prepotencia y la nicotina en los dedos, me turban. La preñez de tu mujer, me consume. La imagen de tu madre, que me desconoce, me duele. Todo tú me aturdes porque eres lo que mi flaqueza de fin de semana desea. Eres lo que puedo esconder de martes a viernes, entre la comida y la siesta, entre la ducha y el desodorante, entre un hombre y otro. Toda yo organizada en franjas horarias para no pensarte. Pero cuando llega el viernes, ¡ay!, y el sábado noche, ¡ay!, y los domingos de pájaros en boda, ¡ay! ¡Ay de mí!, porque se aproxima la noche del lunes en la que enciendo las velas de mi altar azteca, que expongo encima del televisor, que me compré la semana de «América Latina en El Corte Inglés», que me costó un ojo de la cara (pero es que todo es poco para ti), y te alabo entre oraciones y letanías, que únicamente yo murmuro porque solo te quiero para mí, los lunes de diez a doce de la noche, después del tele-diario de Telecinco. Eres mi principito de la tele.

2.

Con aire desesperado busqué esa dirección de correo electrónico en la que comunicarte, sin olor, piel ni cordura, la síntesis de mi vida. Porque quiero ser tu musa, el prólogo de tu siguiente libro, la clave de sol con la que inicies esos versos de humor musicados, quiero aparecer en los créditos de tu programa de minorías, para mi rece-

lo multitud. Con urgencia indagué en la web de la TV, en la de los cancioneros medievales, e incluso en las páginas de los casanovas mediterráneos de última hornada. No encontré indicios tuyos en ningún buscador de internet ni en la basura, donde tiré la revista *Lecturas* que de vez en cuando se refería a ti. Solo asomaba esa pendanga plásticoide con la que habías tenido un romance de verano a bordo de tu yate, todo a babor, vosotros en la proa. Pero qué feo estabas, amor mío de espalda peluda y dientes negros, pero cómo te gustaba la tal Inma, esa que no tenía glamour para ser musa ni catadora de ti. Y vaya escándalo en la prensa rosa, que si no tenías edad, que si eras un depravado... Dijiste que te marchabas. Te echaron. Del partido del que eras diputado, de la cadena estatal de TV, de mi altar azteca, de aquí, de allá, porque un empleado de una sex-shop demostró, aportando pruebas, que había sido en su tienda donde te compraste a Inma, boca abierta, plástico fresa chicle.

3.

Después del barullo de tertulias de sobremesa quisiste limpiar tu nombre, y donaste pertenencias y años setenta, incluso a Inma, para subastarla por una causa benéfica, no sé si del tipo huracán Mitch o bomba en Hiroshima, una de estas catástrofes planetarias que explotan lejos y suenan remotas. Llamé al número del espectáculo televisivo, 906 mercenario. Pretendía comprar a Inma para prostituirla y vivir de ella, pero era demasiado cara, tus discos demasiado malos, tu ropa era de hombre y la estilográfica la tenía repetida. Pujé entonces por una carta de tu puño y letra, con sobre del Hotel Bahía de Vigo, sin remitente ni franqueo, y me salió barata, diez euros, porque nadie más la quiso. La presentadora me aseguró que

llegaría enseguida. Pues no. Tardó quince días. Venía en sobre acolchado. Lo abrí. Y, de sobre en sobre, estaba aquel párrafo por el que había esperado veinte años atrás. Lo leí sin dar crédito, olvidando el bombeo de la sangre en la antecámara del corazón, y repasé cuando María, bendita amiga accidental, fue de público a tu programa y te pidió que enviaras unas letras a una admiradora, toda yo, por su cumpleaños. En esa época estudiaba primero de BUP, luego fui repetidora en DESILUSIÓN, actualmente estoy matriculada en FE.

4.

Esquivo los envites de la tecnología y sigo navegando en busca de una dirección donde responder a un regalo tan marchito.

De nombre de pila Soledad, que es más hiriente que Soledade. De apellido Monotonía, que es más claustrofóbico que Rutineiro. Soledad Monotonía vive en la calle de los Peligros, 20, dígitos que a ella también le pertenecen, por edades, por fracasos y por vidas. Las veinte vidas que creyó vivir en la piel de veinte protagonistas diferentes. Ejerció de Dalila, de Ofelia, de Sherezade, y fracasó veinte veces. Es bailarina de clásico de una compañía sin subvenciones, con ilusiones, de una ciudad de provincias, apenas dotada de red de alcantarillado. Peligrosa es su calle, infectada de yonquis anclados en una jeringa, pero más miedo le causa el paso sin tregua de las estaciones en aquel ático derruido, donde vive y donde ensaya. *Un, deux, trois, demi plié, arabesque*. Porque el tiempo no repara en el arte. Todo llega a destiempo. La compañía sin subvenciones, con ilusiones, confecciona los trajes con telas de mercadillo, los accesorios son de los *todo al mismo precio que la lejía*, el local de ensayo, una bodega en desuso del hermano del tío de Miguel, de nombre artístico Maikel, uno de los cuatro bailarines. Dos y dos. Viven de cuerpo presente y de esperanza futura. Soledad Monotonía llamó a mil dos puertas de cerrojos de anticuario con proyectos e ideas en mano que unos funcionarios archivaron. Y tiraron. Porque a ellos no les enseñaron nada acerca de la ilusión, o prefirieron olvidarla, para vivir sin amargor en la papila gustativa de la tela que recubre el corazón. Se sacó el carné de tres partidos polí-

ticos enfrentados. Se vendió. Fue mercenaria como figurante en ballets de renombre. Todo por sacar adelante su compañía en pañales. El año pasado los incluyeron en un maratón de danza en la capital. Les tocó actuar a las cuatro de la mañana. Y había público.

Soledad Monotonía trabaja por las noches en un pubapestoso para hacer frente a los gastos de los espectáculos. A veces, se emborracha para que el pasado más reciente se prolongue después de una gran resaca, y el presente no sea tan decadente. Otro de los bailarines faena en los astilleros Barreras, de bombero, Maikel es comercial y Fulanita Afortunada aún vive de sus padres. Soledad Monotonía es el yugo que tira del carro, cada vez con menos fuerzas. Su soledad en la lucha y ella misma se compactan cada vez más. Todo es precipicio alrededor. Han conseguido que no encuentre una grieta de cordura en su profesión. Porque es una profesional, a pesar de la ausencia de remuneración. Porque discurre nuevos pasos a deshora, porque cose las telas de mercadillo en los descansos de la dos de Televisión Española, porque rechaza trabajos mejor vistos socialmente que anularían su entrega a la danza.

Hasta que un día se marcha a otro país, donde hay cuatro horas de luz y veinte de noche. Se marcha, harta de luchar contra gentes en constante somnambulismo. Se marcha a bailar, a disfrutar, a vivir por fin. Es otra de las vertientes de la emigración. Soledad Monotonía emigra. En el hueco que ella deja se asentará otra persona, tal vez una Angustia Constante, que será pintora, que también emigrará, emigra, emigraba...

Es el pretérito imperfecto de la emigración que nos ahoga.